

## *Escándalo en Budapest*

István Deák

### I

La razón por la que hay menos policías en las calles de países autoritarios que en los democráticos es porque el control se ejerce más sutilmente, a través de un sistema de informantes encubiertos, algunos obligados y otros voluntarios. A los voluntarios se les recompensa a veces con privilegios como un pasaporte para ir de vacaciones al extranjero o un coche nuevo que se entrega saltándose la lista de espera. En las ocasiones en que visitaba Hungría para investigar, en los sesenta y principios de los años setenta, mis movimientos eran observados. Por ser un expatriado húngaro que había vivido en los Estados Unidos desde los cincuenta, yo era sospechoso; y, como académico en la Universidad de Columbia que había escrito, entre otras cosas, sobre historia húngara, era aparentemente algo peor –probablemente un agente estadounidense enviado para esparcir propaganda hostil al régimen comunista. Ésta es una conclusión que apareció cuando, recientemente, el gobierno húngaro sacó a relucir muchos de los archivos policiales de este periodo, incluyendo el mío. El archivo revela que el interés húngaro hacia mis actividades iba más allá de mis investigaciones en Budapest. Una entrada recoge que:

Nuestro hombre de contacto preguntó después a Deák por quién había votado [en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 1968]; él contestó que le había dado su voto a Humphrey [*sic*].

El “hombre de contacto”, a quien la policía apodó “Perényi”, era un informante en el Instituto de Historia de la Academia Húngara de Ciencias, y pasaba información regularmente a un teniente de policía en un



apartamento secreto que se mantenía específicamente para ese propósito. Como en otras tantas, en esa ocasión en concreto el oficial de policía escribió, con amplias citas, un cuidadoso resumen de lo que “Perényi” le había dicho acerca de mí, y luego se lo envió a su superior en el Ministerio del Interior quien evaluó el informe como “altamente informativo”. (El departamento al que lo envió se llamaba “Intercepción de Comportamiento Reaccionario y Sabotaje -Área de Cultura”). Después, el superior dio instrucciones al oficial de policía para que ordenara a “Perényi” seguir observando mi comportamiento en el instituto donde en ese momento yo era un profesor visitante.

¿A quién más pretendían que observara “Perényi” y cuántos más en el instituto estaban haciendo un fisco similar de parte del gobierno? El régimen de János Kádár, el líder comunista de Hungría desde la supresión de la revolución de 1956 hasta su retiro como secretario general del partido en 1988, debe dividirse en dos periodos. Al primero, que duró aproximadamente hasta 1963, lo marcó la supresión sangrienta de líderes políticos, intelectuales, trabajadores y estudiantes que habían tomado parte en la revolución. Durante el segundo periodo, que duró desde mediados de los sesenta hasta el colapso del régimen comunista en 1989, los húngaros gozaron de una libertad mayor que la de otros países de Europa del Este. En Hungría había cada vez menos prisioneros políticos, y el terrible miedo que había marcado los años entre 1948 y 1963 ya no era dominante.

Sin embargo, aún, tanto los húngaros como los visitantes eran observados por un gran aparato de inteligencia. Durante los años de Kádár, decenas de miles de personas informaban regularmente sobre sus colegas en

colegios, oficinas, fábricas e instituciones científicas. Según cálculos recientes, unos 40,000 informantes civiles, algo así como un uno por ciento de la población, habían trabajado en un momento u otro para la policía. Éste es un número pequeño comparado con las actividades de la Stasi, la policía secreta de Alemania del este, que utilizó aproximadamente a un dos por ciento de la población y dejó archivos que suman hasta 33 millones de páginas<sup>1</sup>. Pero era una empresa a gran escala, y la lentitud de Hungría para abrir sus archivos policiales secretos ha dado como resultado que ahora el país empiece a afrontar la realidad de sus informantes civiles.

En 2002, después de revelarse que el primer ministro socialista, Péter Medgyessy, y otros miembros de los gobiernos post-1989 de Hungría, tanto de la derecha como de la izquierda, habían trabajado para la policía secreta húngara durante los años comunistas, el gobierno húngaro comenzó a conceder un acceso cada vez mayor a los archivos de los informantes. A partir de entonces, alrededor de setecientos académicos y periodistas han recibido permiso para estudiar los documentos en el Archivo Histórico de los Servicios de Seguridad Estatal en Budapest. En muchos casos, ha sido relativamente fácil establecer la identidad de los informantes. De acuerdo con la ley actual, las antes “personas objetivo” –utilizando el término de la policía comunista para gente que era observada– también pueden solicitar este acceso, aunque sólo para los archivos propios, y no se les dice los nombres reales de sus informantes. No obstante, a través

---

1 – La descripción clásica de cómo la policía de Alemania del este espiaba a los ciudadanos y visitantes está recogida por Timothy Garton Ash en *The File: A Personal History* (Random House, 1997).

de investigadores profesionales, he podido saber el nombre de uno de mis informantes. Mientras que “Perényi” sigue siendo un misterio, di con la identidad de “Vili”, otro informante que reportó sobre mí durante mis viajes a Budapest en los sesenta y principios de los setenta.

En vez de estar enfadado con “Vili”, un hombre que en aquellos tiempos era archivero en el Instituto de Historia, tengo razones para estarle agradecido. Debí de haber estado presionado para presentar historias que fueran dignas de investigación, y, sin embargo, parece haber transmitido únicamente cosas buenas sobre mí. Claramente, era distinto de muchos otros informantes de la policía entre los que, como han descubierto los húngaros hace poco, se encontraban personas que ahora son algunos de los políticos más famosos del país, líderes de la Iglesia, comunicadores deportivos, músicos de rock, actores, periodistas y otros profesionales. Muchos de ellos parecían disfrutar denunciando a sus colegas; y sus informes secretos son ahora la habladuría en Budapest<sup>2</sup>.

La tarea de “Vili” de observarme no puede haber sido un trabajo fácil pues nunca estábamos solos cuando nos encontrábamos. De hecho, casi no recuerdo su cara. A falta de material más emocionante, alimentaba al teniente con información tan esclarecedora como puede ser una conversación que había oído estando detrás de mí en la fila de la horrible cafetería del instituto. Yo discutía, decía él, de una “manera profundamente involucrada”, sobre las revoluciones de 1848 con

un compañero historiador. En otra ocasión, “Vili” observó que:

En lo que refiere a su actitud política, Deák pertenece claramente al ala más moderada del Partido Democrático. Está de acuerdo con las opiniones de los oponentes de la guerra de Vietnam y le disgustan los halcones americanos.

Como escribió “Vili”, “respecto de su visión del mundo, Deák es un burgués de izquierda” –una de las cosas más amables que podría haber dicho sobre un enemigo imperialista. A pesar de estos informes, la policía secreta asumía que yo y todos los demás profesores visitantes de EEUU éramos agentes de los servicios americanos de información o inteligencia, enviados adrede a Hungría a difundir “división”.

Un día en 1973, cuando estaba nuevamente en Hungría de intercambio e investigando sobre las revoluciones de 1848, fui convocado abruptamente al departamento de policía. Dos policías de traje me ofrecieron la acostumbrada pequeña taza de *espresso* y me informaron de que, puesto que yo era culpable de graves crímenes contra la República del Pueblo, debía ser arrestado y llevado a juicio; pero en vista de una supuesta mejoría en las relaciones entre los Estados Unidos y Hungría, dijeron, sólo sería expulsado. Cuando pregunté de qué se me acusaba me invitaron a “examinar mi conciencia”. Esto mismo hice en vano durante los siguientes treinta y tres años hasta que supe, hace sólo unos meses, gracias a una nueva revelación de un informe policial al Ministerio del Interior fechada en Diciembre de 1976, que “según evidencia irrefutable”, yo había estado trabajando “para el servicio de inteligencia del Pentágono”.

---

2 – En este artículo estoy nombrando únicamente antiguos informantes cuyas actividades son objeto de un intenso debate en Hungría, un debate que se ha extendido hacia otros países europeos.



Quedan muchas preguntas sobre mi, relativamente menor, caso. Si yo era un conocido espía enemigo, ¿entonces por qué las autoridades permitieron que me quedara tanto tiempo en el país? ¿Por qué, cuando me expulsaron por espionaje, me dejaron salir del país en mi propio coche sin nadie que se molestara siquiera en mirar mis notas de investigación y microfilmes? ¿Y por qué, poco tiempo después de mi retorno a Nueva York, el embajador húngaro ante las Naciones Unidas me invitó a comer y me aseguró que el *establishment* académico húngaro continuaría colaborando con el pequeño instituto de investigación que yo dirigía en la Universidad de Columbia? Y a pesar de todo, el informe policial de 1976 describía nuestro instituto neoyorquino de investigación como un lugar “donde Deák entrena a especialistas en Europa del Este para las diversas ramas de las fuerzas armadas americanas”.

Siguiendo mi expulsión, IREX, la organización interuniversitaria americana para intercambios culturales con Europa del este, suspendió, en protesta, el intercambio de investigadores con Hungría, dejando docenas de gente, que habían sido aprobados para becas de investigación del IREX, en ambos países preguntándose cuándo se les iba a permitir viajar. Después de rápidas negociaciones entre IREX y oficiales húngaros en la neutral Viena para resolver este *impasse*, el superior de IREX urgió que yo volviera a Hungría por un tiempo corto –aparentemente para restaurar algún tipo de relación. Lo hice en 1974, pero los diez días que duró la visita no fueron nada placenteros: distinto del año anterior, me seguían constantemente policías secretos, hombres y mujeres, conspicuos y con aspecto de matones. En el aeropuerto, al

partir, me ordenaron que me quitase todo, salvo la ropa interior y los zapatos. Mientras que la policía examinaba mi cartera, equipaje y el resto de mi ropa, mi vuelo de Swissair fue retrasado una hora.

Cuando me expulsaron en 1973, la embajada norteamericana en Budapest no mostró ningún interés por mi caso; pero, según documentos secretos húngaros, un año más tarde, después de que IREX me hubiera pedido que volviera a Hungría, un diplomático de la embajada de EEUU en Budapest se quejó de mis actividades a las autoridades. En un informe “estrictamente secreto” para el Ministerio de Exterior encontrado en los archivos el año pasado, el subdirector del Instituto Húngaro de Relaciones Culturales describió una visita del diplomático a su oficina, quien dijo que yo había sido reacio a escuchar su consejo de “no ponerse en contacto con el Instituto Húngaro de Relaciones Culturales ni con ninguna otra institución húngara, pero en esto, como en cualquier otra cuestión, le era imposible convencerme”. De hecho, este oficial de la embajada, a quien había visto repetidamente durante mi breve estancia en Budapest, se burló de mi preocupación por estar siendo persistentemente seguido; a pesar de mis repetidas peticiones, se negó a acompañarme al aeropuerto.

Según el informe húngaro, el diplomático dijo estar altamente insatisfecho no sólo con mi comportamiento sino también con el de Allen H. Kassof e Ivo Lederer, dos profesores americanos preocupados por los intercambios culturales entre EEUU y Europa del Este en ese tiempo. Kassof era director ejecutivo de IREX y Lederer trabajaba para al Fundación Ford; ambos habían protestado contra el mal trato que habían recibido en Hungría. “Usando palabras excesivamente

impertinentes y obscenas en referencia a Kassof y Lederer”, decía el informe, el diplomático protestó porque “en vez de confiar en la magnanimidad y flexibilidad del lado húngaro”, los dos americanos enviaron una nota de queja al Instituto Húngaro de Relaciones Culturales sin previa consulta al Departamento de Estado. Según el informe, el diplomático americano sostenía que esto era “un claro caso de diplomacia de la costa Este” utilizada para “fines definitivamente provocativos”. Este episodio permanece como uno de los varios misterios de mi participación involuntaria en la intriga internacional, aunque sospecho que el diplomático estaba únicamente expresando la desconfianza extrema de un burócrata hacia las actividades de una organización no gubernamental americana.

## II

Uno de los grandes escándalos que estalló en Hungría desde que se abrieron los archivos de los informantes de la policía secreta concierne a István Szabó, el director de cine ganador de un Oscar. Según los archivos, entre 1957 y 1961 dio a tres sucesivos oficiales de policía cuarenta y ocho informes sobre setenta y dos personas, casi todos sus compañeros de clase y maestros en la Academia de Teatro y Cine. Algunos de sus “objetivos”, como Miklós Jancsó, llegaron a ser célebres actores y directores. Los informes eran extremadamente variados y muchos escritos de manera claramente espontánea, sobre temas tales como la atmósfera general en la academia, las opiniones políticas y religiosas de sus compañeros de academia, sus opiniones acerca de la revolución de 1956, sus romances, sus parientes en el Oeste y el hecho de que uno de ellos había comprado una radio grabadora. Muchos de los informes

no eran más que cotilleo inofensivo; otros eran más serios, como cuando Szabó denunció a un colega por hacer grafiti en un póster oficial, acto por el cual el colega fue luego reprendido oficialmente. O cuando informó que otro colega había llamado revolución y no contrarrevolución a los acontecimientos de 1956. La denuncia de Szabó pudo haber sido la razón por la que un tercer colega no obtuviese un pasaporte; pero no hay evidencia de que alguien sufriera consecuencias más serias que éstas. Szabó, de hecho, se dedicó a protestar a la policía por la falta de talento de sus colegas tanto como por sus actividades contra “el pueblo”.

Cuando inicialmente se le enfrentó a esta información en enero, Szabó sostuvo que se había convertido en informante policial sólo para salvarle la vida a un compañero de clase que había matado a comunistas durante la revolución de 1956. “Haber aceptado trabajar para la Seguridad del Estado fue el acto más valiente, más osado, de mi vida”, declaró Szabó a los periodistas. Pero pronto resultó que esta historia no era cierta: el colega no había matado a comunistas en 1956 y Szabó no estaba arriesgando su vida. Sólo entonces Szabó admitió que “tuve que actuar para protegerme a mí mismo”. Es decir, él creía que iba a ser expulsado de la escuela de cine si no cooperaba<sup>3</sup>.

En una temprana reacción al caso Szabó, más de cien intelectuales prominentes publicaron un manifiesto

---

3 – La policía clasificaba a los informantes en tres categorías: aquellos que actuaban bajo coacción; los que trabajaban por “convicción ideológica”, por lo que se les identificaba con el acrónimo *tmb*; y los que no sólo actuaban por convicción ideológica sino que estaban dispuestos a la vez a hacer grandes sacrificios por la causa, siendo su acrónimo *tmt*. “Vili” fue sólo un modesto informante por bastantes años hasta que, un día, fue ascendido a *tmb*.



to expresando su amor y admiración por el hombre “que ha estado haciendo para nosotros filmes espléndidos e importantes durante los últimos cuarenta y cinco años. Y no sólo para nosotros los húngaros. Ha extendido nuestra fama a todas partes del mundo”. El manifiesto, escrito en el estilo patriótico del *establishment* cultural de un país pequeño, fracasaba en la explicación de por qué un gran talento es una justificación válida para un mal comportamiento. El manifiesto, de hecho, fue aprobado por algunas de las personas que Szabó había denunciado.

Se ha puesto en evidencia a Szabó, pero no tiene problemas legales o profesionales. Podría decirse, incluso, que sus actividades como informante policial proveen de nuevas claves para el entendimiento de su trabajo como cineasta. En filmes tales como *Mephisto* (1981), por el cual recibió un Oscar, *Coronel Redl* (1985), *Hanuseen* (1988), *Sunshine* (1999), *Taking Sides* (el caso del conductor alemán Wilhelm Furtwängler, 2001) y otros menos conocidos en Occidente, Szabó explora la encrucijada fáustica de una persona de inteligencia y talento inusuales que sacrifica a algunos de sus colegas, como hace en *Mephisto*, o compromete sus principios de otras maneras, por respeto a aquellos que poseen el poder absoluto.

Entre los muchos periodistas e historiadores que han tratado de exponer la verdad sobre los informantes civiles húngaros, Krisztián Ungváry, un joven historiador de Budapest, ha sido particularmente importante. Ungváry, cuyo magnífico libro *The Siege of Budapest: 100 Days in World War II\** ha aparecido también en inglés, parece haber decidido que la sociedad húngara debe ser puesta al tanto de sus pasados

defectos y crímenes, sin importar si ocurrieron bajo el régimen nazi o el comunista. En sus múltiples artículos en periódicos y revistas, ha exhortado a los que estuvieron involucrados a que pasen al frente y confiesen.

Ungváry clasifica a ex informantes policiales según el alcance de su colaboración. Distingue entre aquellos que al parecer actuaban bajo coacción y los que eran más entusiastas. (Estoy seguro de que apuntaría a “Vili” entre aquellos que se hicieron informantes a su pesar y mostraron una relativa buena voluntad.) Sin embargo, hay ahora una creciente reacción contra las actividades de Ungváry: sus críticos le acusan de abrir viejas heridas y de estar jugando al inquisidor; y es verdad, como han señalado algunos, que los archivos policiales disponibles contienen pocas o ninguna carta personal o declaración firmada por los propios informantes. La información sobre las actividades de muchos de ellos ha sido extrapolada de documentos que sólo muestran lo que los agentes de los informantes decían a sus superiores. ¿Quién sabe si acaso los oficiales menores puedan haber exagerado sus acusaciones para complacer a otros de más rango?

Algunos que actuaron como informantes están ahora amenazando por difamación a los periodistas que los han expuesto; y la legalidad de hacer públicos los nombres de pasados informantes se está viendo cuestionada. La ley húngara permite la publicación de información negativa sólo respecto de una personalidad pública; ¿pero es justo etiquetar a un joven clérigo o a un estudiante como personalidad pública sólo por-

---

4 – Con un prefacio de John Lukacs, traducido del húngaro por Ladislaus Löb (Yale University Press, 2005). El prefacio de Lukacs fue reimpresso en *The New York Review*, 7 de Abril, 2005.

que luego se convirtió en cardenal o en un director de cine mundialmente conocido? ¿Y acaso está bien exponer sus nombres conectándolos con actos cometidos hace treinta o cuarenta años, que en ese entonces no eran penados por la ley y no lo son aún hoy? Y sin embargo, cabe recordar que en Europa después de la segunda Guerra Mundial, muchos miles de personas fueron encarcelados, y algunos ahorcados, por haber denunciado a sus vecinos a la Gestapo.

El hallazgo más demoledor de Krisztián Ungváry ha sido identificar a László Paskai, el arzobispo emérito de Esztergom-Budapest, como un informante. Ungváry reveló en febrero que Paskai había trabajado para la policía entre 1965 y 1974, cuando era director en un seminario. Al tanto de la importancia de desenmascarar a alguien que, entre 1987 y su retiro en 2002, era el pastor eclesial con rango más alto en Hungría y después, en 2005, fue cardenal elector en el cónclave papal que eligió a Benedicto XVI, Ungváry se esforzó enormemente por asegurar al público que los informes de Paskai sobre sus compañeros sacerdotes no eran dañinos. Cuando, por ejemplo, informó sobre su viaje a un colegio jesuita en Bélgica y sus reuniones con sacerdotes húngaros emigrados, se limitó a generalidades y por esto fue criticado por su agente policial. Pero sólo más tarde Paskai fue lo bastante lejos como para decirle a la policía cosas tales como, por ejemplo, que un monje franciscano en Budapest había cometido el crimen de insinuarles públicamente a otros monjes que era un informante. Pero aún así, el impacto de las revelaciones fue enorme; Paskai, después de todo, ocupaba una posición que, después de la segunda guerra, había sido del Cardenal József Mindszenty, un prelado famoso por su actitud desafiante al régimen comunista. En 1948,

Mindszenty fue arrestado, torturado y, en uno de los juicios públicos más famosos de Hungría, obligado a confesar por cargos falsos. Luego de haber sido condenado a cadena perpetua, el cardenal fue liberado por revolucionarios al final de octubre de 1956 y, tras la supresión de la revolución el 4 de noviembre por parte de los tanques soviéticos, se refugió en la embajada estadounidense. Que la Iglesia hubiera pasado de ser un símbolo de resistencia ante el comunismo a una institución que cooperaba en secreto con la policía fue un gran golpe para muchos húngaros.

A pesar de que los informes de Paskai no parecen haber puesto a nadie en peligro, se ganó finalmente, sin embargo, el acrónimo de *tmb*, un informante que sirve a la causa comunista por compromiso y entrega ideológicos. Y en años posteriores, cuando ya no estaba en el servicio policial, fue criticado severamente por muchos católicos por haber sucumbido a las llamadas “comunidades base”, pequeñas asambleas de creyentes dirigidas por clérigos de pensamiento independiente que intentaban dar culto fuera de los controles del régimen y de las jerarquías de la Iglesia. La situación del arzobispo Paskai en los años ochenta era similar a la de la mayoría de otros líderes eclesiales en Hungría, donde, a diferencia de Polonia, las iglesias tanto católicas, como protestantes o judías sufrían un declive en términos de religiosidad popular. Como resultado, los altos clérigos dependían de la buena voluntad y la generosidad financiera del partido comunista. Habiendo sido perseguidos brutalmente durante los primeros años del comunismo, los líderes de la Iglesia juraron de buena gana la constitución comunista; y muchos entre ellos estaban dispuestos a devolver la indulgencia del régimen y a acatar su oferta.



La Iglesia Católica en Hungría tiene muchos defensores que señalan que, mientras que Paskai y otros obispos hacían asiduos llamamientos a los feligreses a obedecer incondicionalmente al régimen comunista y eliminaban toda oposición a la jerarquía de la Iglesia, también proporcionaban una continuidad que ayudó a revivir a la Iglesia tras la caída del comunismo. Pero a la vez, los críticos de la Iglesia aciertan en argumentar que las iglesias pudieron haber dado un mejor ejemplo en el estado de partido único. Y en los años post comunistas, el alto clero podría haber pedido disculpas públicamente por su pasado comportamiento.

Muchos se sorprendieron al saber que miembros de grandes e históricas familias de Hungría también sirvieron como informantes policiales comunistas. Los aristócratas han sido tradicionales objetos de envidia y ridiculización, pero durante los tiempos comunistas eran generalmente respetados por su dignidad ante la adversidad. De hecho, hacia finales del régimen comunista, las grandes familias históricas se convirtieron en imágenes casi de culto, a veces incluso en los medios publicitarios comunistas. Obviamente, no todos los titulados nobles –inventaron algún centenar de familias– fueron héroes durante el comunismo, pero su imagen popular ha permanecido como la de hombres y mujeres altos, con narices aguileñas, que rodaban las erres al hablar y pasaban los años del comunismo viviendo sin quejarse con sus numerosas familias en las viviendas de los sirvientes de sus antiguas fincas, o trabajando con diligencia como jardineros y obreros no cualificados.

De todas las familias con títulos, ninguna ha sido más exaltada que la Esterházy de príncipes y condes que una vez fueron propietarios de un treinta por ciento de

la Gran Hungría. Durante el siglo veinte, el clan Esterházy contó con prisioneros en campos de concentración comunistas, un famoso jugador de fútbol y uno de los novelistas con más talento de Hungría, Péter Esterházy. En el año 2000, Péter Esterházy escribió *Armonía celestial*, un alto tributo literario a los padres de la familia Esterházy, y particularmente al héroe del libro, Mátyás Esterházy, el padre aparentemente incorruptible y sufriente del escritor que tuvo que trabajar en una pequeña aldea.

No obstante, apenas apareció el libro, un investigador puso cuatro voluminosos cuadernos en las manos del autor que probaban que Mátyás Esterházy, que murió en 1998, había sido un prolífero informante policial durante gran parte de los años de Kádár, entre 1957 y 1980. Como respuesta a este descubrimiento, Péter Esterházy escribió: “*Edición mejorada: un anexo a Armonía celestial*”<sup>6</sup>, desafortunadamente todavía no traducida al inglés, donde trata de lidiar con su propia ingenuidad y dar cuenta de, pero no excusar, las actividades de su padre.

El caso de Mátyás Esterházy fue mucho más serio que el de Szabó o Paskai, y ni que hablar que el de mis

---

5 – Hoy por hoy existe un comité dentro de la Iglesia Católica en Hungría con cargos por haber examinado las acciones pasadas de sus prelados. Es un hecho desconcertante, puesto al descubierto recientemente por Tamás Majsai, un teólogo protestante, que con una excepción, todos y cada uno de los obispos protestantes húngaros nombrados después de 1956 trabajaron de informantes para la policía, informando regularmente sobre los demás ministros.

6 – Javított kiadás: *Melléklet a Armonia Caelestishez* (Budapest: Magvető, 2002).

“Vili” y “Perényi”, pues no sólo había informado sobre un número enorme de parientes y amigos sino que el 23 de Marzo de 1957, por ejemplo, dio el nombre a su agente policial de tres personas que habían participado en su pequeña aldea, con armas, en la revolución de 1956. La pena por eso era la muerte. Una semana más tarde, facilitó a la policía el nombre de un hombre que había quitado la estrella roja de un monumento a los héroes soviéticos y, enseguida después, entregó una lista de seis antiguos miembros de la Guardia Nacional revolucionaria en el poblado, dos de los cuales todavía andaban sueltos.

Mátyás Esterházy escribió a mano cientos y cientos de informes para la policía, y aunque a menudo es criticado por sus agentes por no haber sido lo suficientemente preciso, claramente dio lo mejor de sí para complacer. Debería decirse, sin embargo, que Esterházy y toda su familia habían sido deportados al campo en la época estalinista, que pasó un tiempo en la cárcel y que se había vuelto alcohólico. Pero a pesar de las conclusiones de su hijo de que “mi padre nos traicionó, a él mismo, a su familia [y] a su madre patria”, la prensa y el público, en sus muchas cartas al editor, parecieron tolerantes ante los antecedentes de Mátyás Esterházy.

A finales de los setenta, la policía a menudo parecía vacilar antes de tomar medidas contra aquéllos que eran descritos como enemigos. Cuatro años después de ser expulsado en 1973, fui nombrado miembro de la delegación presidencial de EEUU que devolvía la corona sagrada a Hungría como gesto de agradecimiento porque el régimen húngaro tenía menos, o probablemente ningún, prisionero político. La corona, de hecho, que lleva el nombre de San Esteban, el

fundador del reino húngaro, fue creada a partir de dos piezas separadas hechas con oro, plata, esmalte y joyas durante las décadas posteriores a la muerte de Esteban en 1038. El gobierno estadounidense tomó la custodia de la corona al final de la segunda Guerra Mundial y la retuvo en Fort Knox. En 1977, el presidente Carter decidió que era un momento propicio para devolverla y eligió una delegación liderada por el entonces Secretario de Estado Cyrus Vance, que incluía líderes políticos de EEUU así como miembros de la comunidad húngara-americana, entre los cuales estaba yo.

Tal como me enteré después, la policía estaba furiosa porque yo estaba incluido en la ceremonia, pero el gobierno húngaro no permitiría que me denegaran un visado. La policía se vengó prohibiendo a los periodistas húngaros que mencionaran mi nombre o mostraran mi fotografía en la prensa o en televisión. Pero de ahí en adelante, siempre me dejaron entrar en mi país natal. Más aún, después de la ceremonia, György Aczél, el secretario cultural del Partido Comunista, me envió una nota dándome las gracias por “mi patriótico comportamiento”. Un policía político húngaro explicó luego a un amigo mío emigrado: “Ayudando a devolver la corona, Deák se ha redimido de sus pecados”.

En los primeros años de su régimen, János Kádár persiguió brutalmente a los atacantes y líderes intelectuales de la revolución de 1956. No obstante, durante las reformas económicas de finales de los sesenta y principios de los setenta, las fuerzas policiales eran controladas cada vez más por el ministro de interior y el buró político del Partido Comunista. El resultado fue una acción arbitraria cada vez menor por parte de la



policía y un número rápidamente decreciente de prisioneros políticos<sup>7</sup>.

### III

Las experiencias de Hungría, tanto bajo el dominio comunista como el nazi, siguen siendo sumamente controvertidas. En los últimos tiempos, el debate ha sido particularmente feroz en lo que concierne al caso de Endre Ságvári, un joven combatiente clandestino comunista muerto en Budapest en 1944, en una pelea de pistolas con cuatro investigadores de la gendarmería húngara, la unidad que colaboró más de cerca con los ocupantes nazis en Hungría. Como la mayoría de sus camaradas en el pequeño mundo clandestino comunista de los años de entreguerras, Ságvári venía de una familia judía próspera y culta; lideraba la sección de juventud del partido y era muy activo en la resistencia.

El 27 de julio de 1944, había quedado con un camarada en una pequeña pastelería en las colinas de Buda cuando fue sorprendido por cuatro detectives que venían a arrestarlo. En vez de rendirse, Ságvári tomó su revolver, mató a uno de los detectives y a otros dos los hirió gravemente antes de que lo mataran a él. Hay mucho desacuerdo sobre si tratarlo como a un héroe de

la lucha antifascista o como a uno que, en un sistema comunista triunfante, puede haberse convertido él mismo en un opresor. Respecto a los que lo mataron, ¿fueron asesinos o estaban meramente haciendo cumplir la ley que regía en aquel momento?

Como Ságvári había sido un comunista comprometido con la causa y murió de manera conveniente antes de que comenzaran las sangrientas purgas de posguerra del partido comunista –purgas en las que podría haber sido eliminado– el régimen comunista húngaro celebró a Ságvári como un mártir del pueblo y bautizó con su nombre plazas públicas, calles, parques de la juventud, campamentos y colegios. La propia pastelería, transformada en un restaurante ajardinado, exhibía un busto y una placa de mármol conmemorando las hazañas de Ságvári. Luego vino el fin del comunismo en 1989, y el busto de Ságvári desapareció del cada vez más extravagante restaurante, pero la placa continúa allí. A veces, manifestantes hostiles la dañan y admiradores tardíos la engalanan con flores.

Hace poco, en un artículo inusualmente polémico, el historiador Krisztián Ungváry argumentaba que Ságvári no merecía ninguna placa. Según Ungváry, si pretendemos que una persona que vivió durante la segunda Guerra Mundial muestre un mínimo de sentimiento antifascista, también deberíamos pretender que tal persona muestre a la vez un mínimo de sentimiento anticomunista. No debería honrarse a Ságvári, argumenta, porque fracasó en demostrar un “mínimo” de oposición al comunismo. Entre otras cosas, siguió Ungváry, apoyó el pacto de no agresión nazi-soviético de 1939 –un argumento particularmente débil por parte de Ungváry. A pesar de que la oposición de Ságvári a los nazis era justificada, afirma Ungváry, per-

---

7 – Quizás la mejor manera de explicar la historia húngara entre el colapso de los experimentos democrático y comunista en 1919 y el reestablecimiento de la democracia en 1989 es que, durante ese período, el país vivió dos regímenes autoritarios y dos tiránicos. El gobierno nacionalista conservador de Miklós Horthy entre 1919 y Marzo de 1944, y el laxo sistema comunista de János Kádár después de 1963 fueron autoritarios. Los gobiernos de la extrema derecha entre Marzo 1944 y Enero de 1945 fueron los responsables de la destrucción del país y la matanza de la mayoría de los 800,000 judíos en tiempos de la guerra; el régimen comunista de línea dura entre 1948 y 1963 encarceló a miles y ejecutó a muchos enemigos, reales e imaginados.

tenecía a un movimiento criminal, el Partido Comunista; y, de acuerdo con el argumento insostenible de Ungváry, esto hizo más probable que, si Ságvari hubiese sobrevivido, él también se hubiera vuelto un opresor criminal. Ungváry sugiere que si los antiguos comunistas que ahora dominan el Partido Socialista insisten en dejar la placa de Ságvári en el restaurante, sería justo colocar otra placa a su lado que conmemore al detective que murió ahí, en la línea del deber.

El artículo de Ungváry causó tanta controversia en parte porque la familia de László Kristóf, uno de los detectives que fue herido por Ságvári, ya había pedido a la corte que lo rehabilitasen legalmente. Al final de la guerra, Kristóf pudo esconderse y pasó los catorce años siguientes trabajando como un obrero. Mientras tanto en Hungría, el levantamiento de 1956 contra el dominio soviético iba y venía, y Janós Kádár, que había sido impuesto en Hungría por los soviéticos y que era, él mismo, una antigua víctima de las purgas estalinistas, se involucró temporalmente en una sangrienta purga para consolidar su posición. Los revolucionarios de 1956 eran tildados de contrarrevolucionarios y retratados como descendientes espirituales de los fascistas de los tiempos de la guerra; antiguos fascistas fueron arrestados. Actuando según las noticias de un informante, la policía trató de arrestar a Kristóf, pero huyó y fue nuevamente tiroteado en la pierna. Posteriormente, a él y a otros los llevaron a juicio. En 1959, Kristóf y otro de los cuatro detectives involucrados en el caso Ságvári fueron ahorcados, no porque hubieran torturado a sus prisioneros, la mayoría de los cuales eran comunistas y un crimen que de hecho cometieron, sino por “haber asesinado al Camarada Ságvári”.

En Marzo de este año, la suprema corte revisó el juicio y decidió que, por 1959, la tortura de la policía para con los ciudadanos húngaros en los departamentos de la gendarmería en Budapest durante la guerra no podía ser condenada, a causa del estatuto de limitaciones. Más aún, arguyó la corte, los detectives que fueron por Ságvári no cometieron un crimen de guerra cuando intentaron arrestarlo –el cargo original del que se les acusaba– ; sino que, “cumplieron su deber, que se derivaba de sus obligaciones oficiales; actuaron bajo órdenes; usaron sus armas de forma legal”.

El argumento de la suprema corte es desconcertante. No cabe duda de que Kristóf no mereciera ser ejecutado, pero es difícil asegurar que sólo estaba cumpliendo su deber. En julio 1944, cuando mataron a Ságvári, Hungría ya estaba siendo ocupada por Alemania desde hacía algunos meses; Alemania había impuesto un régimen de paja nazi sobre el regente Miklós Horthy. Aunque el gobierno era formalmente llevado por el regente y actuaba en su nombre, no podría casi haberse considerado legal ya que las órdenes vinieron de un poder ocupante. El gabinete permitió a la Gestapo arrestar a un número de diputados parlamentarios anti-nazis y dignatarios de alto rango. Aún peor, el gobierno ordenó y llevó a cabo la deportación en masa de judíos a Auschwitz. En cuestión de pocas semanas, se envió a la muerte a más de 400.000 ciudadanos húngaros de origen judío, la mayoría mujeres, niños y hombres de edad avanzada. ¿Acaso no era el deber de todo ciudadano decente y patriota oponerse a este gobierno, o al menos abstenerse de colaborar con él? Los cuatro detectives sabían de sobra que al arrestar a Ságvári iban a exponerlo a la tortura y la ejecución, y posiblemente la muerte bajo tortura, llevada a cabo por



los ocupantes nazis y sus aliados húngaros. Al intentar arrestarlo, los detectives actuaron al servicio de un gobierno asesino e ilegal. SÁgyári, justificadamente, usó su arma en defensa propia.

La corte de Nuremberg en 1945-1946 descartó de forma categórica la utilización de órdenes superiores como excusa para actos criminales. Si no lo hubiera hecho así, todos los grandes criminales del siglo pasado, desde Heinrich Himmler hasta Lavrentii Beria, podrían haber apelado a esa excusa. En Hungría, la reciente invocación del concepto de órdenes superiores por parte del tribunal supremo tiene inquietantes consecuencias. Si esta visión deviene ampliamente aceptada, el pequeño número de aquéllos que dieron su vida luchando contra los nazis y los muchos que murieron contra los comunistas en 1956 podrían ser vistos casi como terroristas, más que la gente que los mató en defensa de regímenes ilegales y totalitarios. Los gendarmes a los que pertenecía Kristóf eran considerados, con razón, las fuerzas uniformadas más brutales y nazificadas de Hungría; aventajaban en la tortura y robando a los judíos durante las deportaciones. Después de la guerra, la corte del pueblo disolvió el cuerpo entero y declaró colectivamente culpables a sus miembros.

Ahora, Hungría es un país libre y democrático. El partido en el poder, el Partido Socialista Húngaro, enfrenta protestas que se dirigen a deponer al primer ministro, que ha admitido haber mentido en repetidas ocasiones sobre la economía. El gobierno parece comprometerse a respetar los derechos humanos y el estado de derecho, pero algunos de sus miembros estaban asociados al antiguo Partido Comunista y el partido se avergüenza de cargos de espionaje y represión por parte del gobierno anterior a 1989. En todo caso, para

muchos ciudadanos que ahora están inmersos en una nueva sociedad consumista, a los que les preocupa más la confesión del primer ministro de haber “mentido mañana, tarde y noche” que el hecho de que, de estudiante, fue miembro en la Liga Comunista de Juventud, el pasado ya no es una gran inquietud. A muchos, el reciente desenmascaramiento de los informantes policiales les parece sólo una especie de juego. Cuando los encuestadores les preguntan, suelen juzgar a los antiguos informantes con indulgencia.

Sin embargo, los húngaros siguen enfrentados a un inquietante dilema moral. ¿Estuvo bien trabajar dentro de un sistema opresivo de forma que nadie pudiera fomentar reformas, o fue mejor permanecer al margen y por tanto autocondenarse a la insignificancia profesional y política? ¿En qué punto debería uno acometer actos contra la opresión a pesar del riesgo personal? Tal vez, un día, cada uno de nosotros se vea forzado a tomar una decisión como ésta. ■

*Traducción de Mar Argenti*